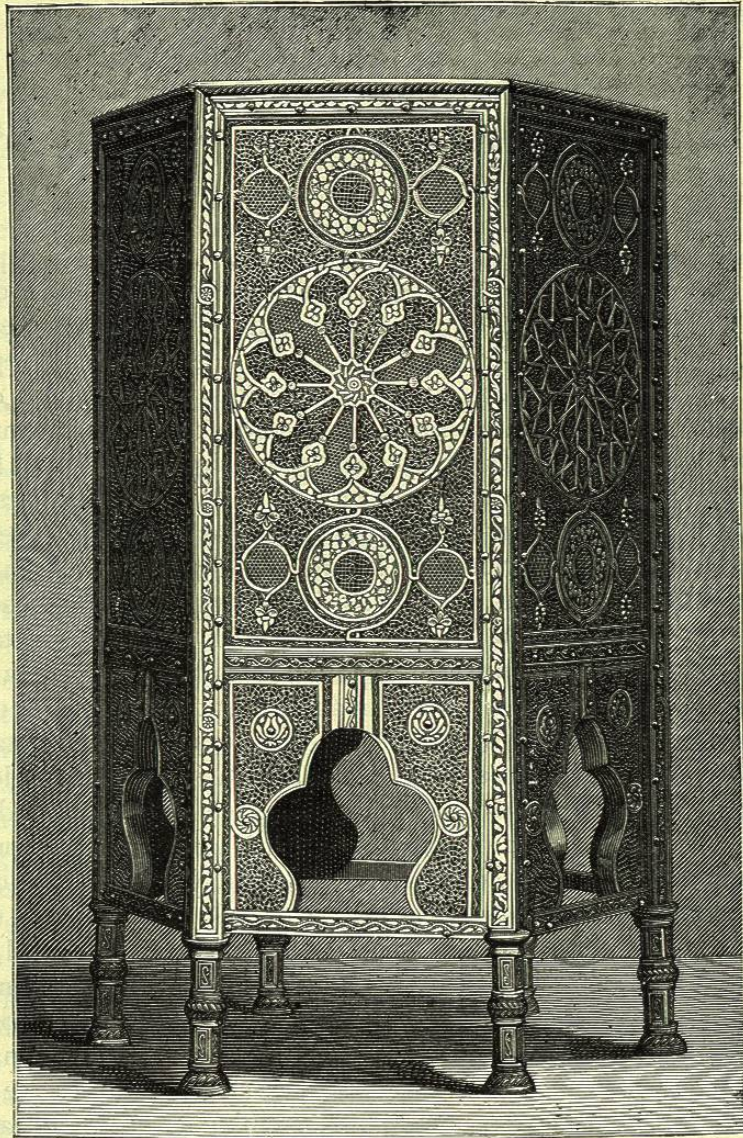


ramplona enumeración de batallas, genealogías é intrigas diplomáticas, envueltas en apreciaciones infantiles, que ni la pena merecen de examinarse. Montañas de semejantes libros podrían leerse sin adquirir la más vaga noción del estado de las épocas de que se ocupan.

Las únicas producciones del arte y de la literatura que cabe justamente desdeñar, por no corresponder más que á necesidades ficticias de razas decadentes, son esas copias serviles de monumentos anticuados que se aplican á las necesidades modernas, por ejemplo, una escuela



Velador árabe de bronce incrustado de nácar

ó una estación de ferrocarril en estilo gótico. El castillo feudal no se comprende sin caballeros que lo defiendan; y colocar su torrecilla en una granja moderna, es tan ridículo como lo sería un panzudo burgués de nuestra época paseándose con una armadura parecida á la de Carlos V; la cual, si es imponente colocada en la estatua ecuestre de este soberano, lo es porque al verla nos acordamos de la época de los combates en que fué necesaria; pero en los hombres de un hacendista ó de un jurisperito nos inspi-

raría tales asociaciones de ideas, que nos desternillaríamos de risa. Toda obra de arte que no esté dentro de su época, ó de su centro, pierde completamente la significación y no merece otro sitio que el museo. Bajo el cielo azulado de Grecia, y dominando á Atenas desde la Acrópolis, el Partenón es uno de los más bellos templos que quepa imaginar; pero la copia que de él vemos en la plaza de la Magdalena de París es de una frialdad ramplona, y las altas casas de que está rodeada la hubieran

hecho grotesca si el arquitecto no hubiese exagerado las proporciones del modelo.

Por consiguiente ocurre con las artes lo mismo que con las instituciones: son expresión de los sentimientos, necesidades y creencias de los pueblos que las han visto nacer; y cuando esos sentimientos, necesidades y creencias se transforman, tanto las instituciones como las artes han de transformarse igualmente. A falta de otros documentos, las obras de arte del Renacimiento, comparadas con las de la Edad media, bastarían á demostrarnos que el mundo moderno había cambiado hondamente. Bien podrá un pueblo hacer aceptar á otro su religión, lengua, instituciones y artes; un examen atento demuestra siempre que estos elementos nuevos sufren inevitablemente las transformaciones requeridas por las necesidades del pueblo que los adoptó. Las instituciones derivadas del islamismo no son en Persia lo que en la India, en Egipto y en Africa; difiriendo igualmente las artes. La arquitectura árabe, introducida con el Corán en la India, no tardó en transformarse, adquiriendo aquel carácter de estabilidad y grandeza que es propio de los antiguos monumentos de esta antigua región.

Siendo las artes la expresión de las ideas y sentimientos de un pueblo, los factores capaces de transformarlas son tan numerosos como los que influyen en las sociedades; y como para estudiar la eficacia de cada uno se necesitaría un trabajo de grande importancia, es imposible intentar en este libro. Semejante estudio ha de empezarse todavía; á pesar de que sólo después de hacerlo, será posible comprender con facilidad el lenguaje de las obras de arte: las indicaciones que actualmente poseemos son demasiado generales para que nos ayuden á interpretarlas de un modo continuamente seguro.

II

ORÍGENES DE LAS ARTES DE LOS ÁRABES

Basta echar una ojeada á cualquier monumento correspondiente á una época adelantada de la civilización árabe, como un palacio, una mezquita, ó simplemente un objeto cualquiera suyo, ya sea un tintero ó un puñal, ya la encuadernación de un Corán, para conocer que esas obras de arte son tan características, que no es posible confundir su procedencia; pues los productos del arte árabe, lo mismo los grandes que los pequeños, no tienen ninguna afinidad sen-

sible con los de otros pueblos, siendo su originalidad tan evidente como completa.

No resulta lo mismo si en vez de examinar los de las épocas culminantes estudiamos los del principio de su civilización, los cuales tienen un parentesco manifiesto con las artes persas y las bizantinas que los precedieron.

De este parentesco de las producciones primitivas de las artes árabes con las de ciertos pueblos de Oriente sacan muchos autores la consecuencia de que el árabe careció de arte original. Pero es innegable que todos los pueblos, antes de llegar á producir obras personales, aprovechan lo que hallan hecho, y como dice muy bien Pascal: «Toda la sucesión de hombres que han existido en el curso de tantos siglos ha de ser considerada como un mismo hombre que siempre subsiste y que nunca deja de aprender.» Cada generación comienza aprovechando los tesoros acumulados por las anteriores, y si es capaz, después lo acrecienta.

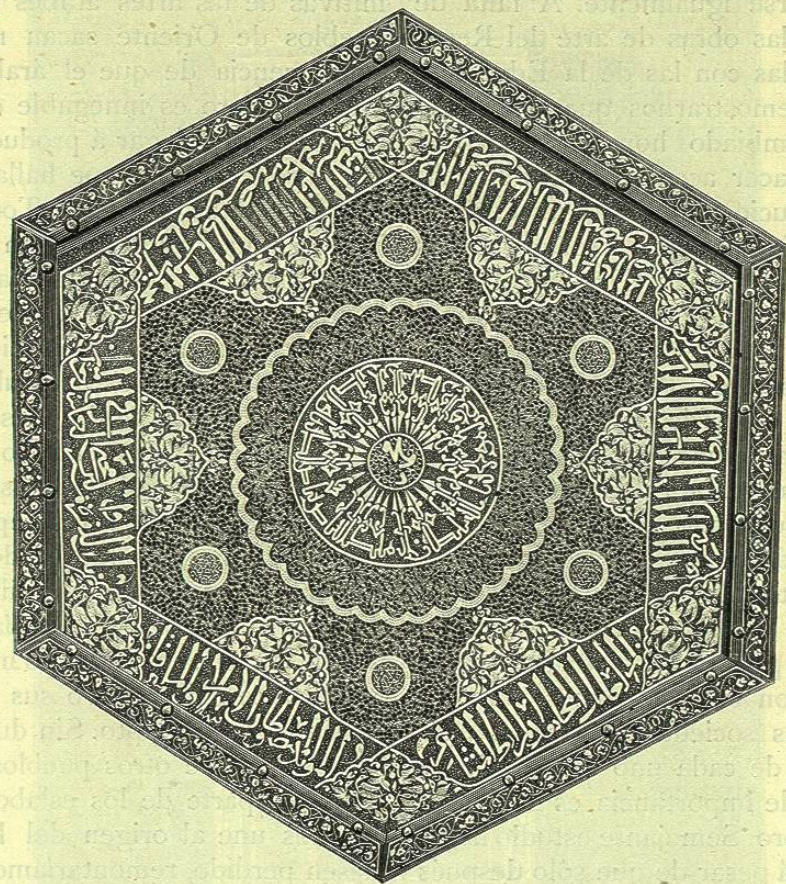
Ningún pueblo ha eludido esta ley, y la verdad es que sería incomprendible que alguno no hubiese logrado. En una época todavía bien reciente, como nos fuesen del todo desconocidos los orígenes de la civilización griega, se suponía que ésta nada debía á otros pueblos; pero la ciencia, adelantando más, ha demostrado que el arte griego tuvo sus orígenes en el de Asiria y el de Egipto. Sin duda éste tomó también mucho de otros pueblos; de modo que si la mayor parte de los eslabones de la cadena que nos une al origen del hombre no se hubiesen perdido, remontaríamos gradualmente á esas lejanas edades de la piedra labrada en que el hombre se diferenciaba apenas de los animales que lo precedieron.

Árabes, Griegos, Romanos, Fenicios, Hebreos, etc., todos los pueblos en fin se aprovecharon del pasado; y si no queremos condenar cada generación á comenzar de nuevo lo ya hecho, es imposible que la humanidad proceda de otro modo. Al principio cada pueblo toma algo de los que llegaron antes que él; y luego no hace más que añadir otra cosa á lo tomado. Comienzan los Griegos siguiendo á los Egipcios y Asirios; y por medio de adiciones sucesivas transforman los conocimientos que no habían creado. Los Romanos siguieron á los Griegos; pero siendo mucho menos artistas que éstos, poca cosa añadieron al tesoro de que disponían, reduciéndose á imprimir en sus obras de arte aquel sello de majestuosa grandeza que parece un reflejo de su imponente imperio; y

cuando trasladaron su capital á Constantino-
pla el arte se modificó, á consecuencia de añ-
diduras nuevas destinadas á relacionarle con
nuevas razas; pues la influencia greco-romana
se juntó con la influencia oriental, de cuyo con-
curso nació luego el arte particular, al cual se
ha dado el nombre de bizantino.

Al apoderarse los Bárbaros del Occidente, se

aprovecharon á su vez de los elementos deja-
dos por la civilización latina, bien que impo-
niéndoles también modificaciones, relacionadas
con sus necesidades y creencias; de modo que
el estilo latino con retazos bizantinos y bárba-
ros pasó á ser en Occidente estilo románico, el
cual por medio de transformaciones graduales
engendró el gótico de la Edad media. Cuando



Parte superior de un velador de bronce incrustado de nácar (siglo XIII)

en el siglo xv, los progresos, las riquezas y la
instrucción transformaron las ideas y sentimien-
tos, el arte volvió á modificarse; retrocedióse al
estilo de la antigüedad greco-latina, y al adap-
tarlo á las necesidades del centro social y geo-
gráfico apareció la arquitectura del Renacimien-
to. Pero continuó el arte haciendo evoluciones, y
fué majestuoso y pesado en tiempo de Luis XIV
de Francia, amanerado en el de Luis XV é
igualitario y ramplón ahora.

En esta enumeración de las grandes épocas
de la historia de la arquitectura, que se han es-
labonado desde la antigüedad hasta nuestros
días, siempre coexiste la influencia del pasado.
¿Pero cabría sacar de ello la consecuencia de
que ninguna de estas épocas ha tenido arte ori-
ginal? Nadie se atrevería á sostenerlo. Siendo
así, tampoco procede decir que los Arabes care-

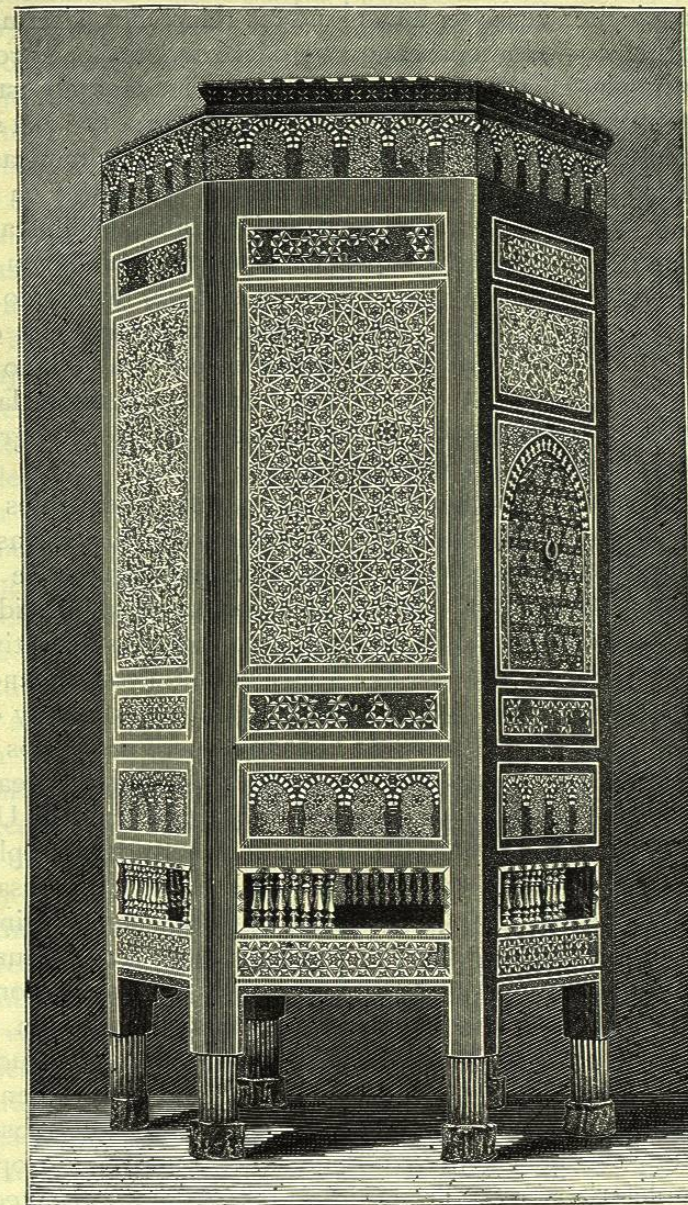
cieron de él por haber tomado sus primeros
elementos de las naciones que los precedieron.

La verdadera originalidad de un pueblo se
revela en la rapidez con que transforma los ma-
teriales de que se sirve, adaptándolos á sus ne-
cesidades, y creando un arte nuevo; y en esto
ningún pueblo ha superado al árabe, pues desde
sus primeros monumentos descuella ya su in-
ventiva, como se ve en la mezquita de Córdo-
ba. En efecto, no tardaron en sugerir á los ar-
tistas extranjeros á quienes empleaban ciertas
combinaciones nuevas, de carácter ingeniosísi-
mo; y así, en Córdoba, viendo que las columnas
de antiguos templos que tenían entre manos
eran demasiado cortas para que la techumbre
alcanzase una altura proporcionada á la gran
planta del edificio, sobreponen aquellas colum-
nas entre sí, y disimulan el artificio formando

combinaciones de arcadas de un género habilí-
simo. Si ponéis á los Turcos en lugar de los
Arabes, jamás se produjera ocurrencia tan pe-
regrina en esas cabezas de cal y canto.

Basta recorrer los grabados de la presente

obra para reconocer la originalidad y mérito ar-
tísticos de las producciones árabes. Estas cua-
lidades sorprendieron á todos los pueblos que
los heredaron, resultando que desde la apari-
ción de aquel pueblo en la escena del mundo,



Mesa de bronce incrustado, del Cairo

todo el Oriente les imitó, como el Occidente
imitó é imita aún á Griegos y Romanos.

En las tales imitaciones del arte árabe pode-
mos nosotros ver la diferencia profunda que
separa el arte original del que no tiene tal ca-
rácter; pues los pueblos que reemplazaron á los
Arabes se hallaron, según los países, ante ele-
mentos bizantinos, árabes, hindus, persas, etc.,
muy diferentes; y aunque llegaron á sobrepo-
nerlos todos, á pesar de su variedad, nunca
fueron capaces de sacar de ellos una combina-

ción nueva. De un monumento mogol de la In-
dia puede siempre decirse que tal parte es persa,
tal otra hindu y la de más allá árabe; lo mismo
ocurre con los monumentos levantados por los
Turcos, quienes se redujeron á sobreponer ele-
mentos, sin combinarlos jamás. Pero en cambio
los monumentos árabes, como por ejemplo, los
palacios de España y las mezquitas del Cairo,
nos muestran los elementos primitivos trans-
formados en combinaciones tan nuevas, que es
imposible conjeturar de dónde derivan.

Con el dedo tocamos ahora lo que constituye el temperamento original de una raza; la cual, si lo posee, sabrá imprimir su sello propio en los elementos que le entreguen, de cualquier calidad que sean. Lo mismo puede hacerse con arte y originalidad una caballeriza que unas botas. Pero aunque se copie diez veces seguidas la mezquita de Santa Sofía, como lo han hecho los Turcos en Constantinopla, añadiendo algunos asuntos de ornamentación persa ó árabe, no por esto queda menos evidenciado que se carece de toda originalidad artística.

III

IMPORTANCIA ESTÉTICA DE LAS ARTES ÁRABES

Después de tratar de los orígenes de las artes árabes, y de haber demostrado su descolante originalidad, nos vemos naturalmente abocados á examinar su importancia estética; bien que por falta de un criterio fijo, toda apreciación de ésta se reduce á un parecer individual que le quita mucha autoridad. Es indudable que no podemos guiarnos por la utilidad, es decir, por la perfecta adaptación de la obra de arte á su objeto, pues cabe edificar casas y monumentos y hacer diversos objetos no menos útiles sin que su mérito artístico sea igual.

Para determinar con certeza el grado de belleza ó de fealdad de una obra de arte convendría primero definir lo qué es bello y lo qué es feo; y como la experiencia demuestra que el sentido de tales palabras cambia, según la raza, la educación, el centro, el momento, y otros factores, la única definición posible, por ser la única verdadera en todos los tiempos, en todas las razas y épocas, es la siguiente: es bello aquello que nos gusta; pues aunque sea insuficiente, no cabe en lo posible completarla sin entrar en aquellas regiones inaccesibles de las causas primeras, que la ciencia todavía no ha logrado escalar. Un objeto nos gusta porque está relacionado con ciertas condiciones de la organización, variables de uno á otro individuo, y de una á otra raza; pero sería imposible decir qué condiciones son esas. No puede haber en la naturaleza belleza, ni fealdad absolutas, como no puede haber ruido ó silencio, luz ó tinieblas también absolutas. Todo esto son creaciones de nuestra mente, que la fisiología moderna ha demostrado sin esfuerzo que eran puras ilusiones. La belleza y la fealdad no aparecieron en

el mundo sino el día en que ciertas cosas y ciertas formas han influido agradable ó desagradablemente en nuestros sentidos; y para decirlo de una vez, no son más que ciertas maneras de ser del deleite y del dolor.

Si los elementos de una obra de arte tienen ciertas relaciones determinadas entre sí, afectan agradablemente á nuestros sentidos; al paso que si estas relaciones no están cumplidas, la falta de armonía produce una sensación algo cercana al dolor. En el primer caso decimos que la obra es bella, y que es fea en el segundo. Pero nos sería imposible manifestar por qué razón ciertas combinaciones producen un efecto desagradable en el ojo ó en el oído mientras otras causan el efecto contrario. El día en que la ciencia descubra por qué fulano prefiere tal alimento que mengano detesta, la estética habrá dado un gran paso. Por desgracia ese día aún está lejos.

Lo que fácilmente nos ilusiona acerca de la importancia que las obras de arte parecen tener en sí mismas dimana de ver en cada raza que la mayor parte de individuos parecen convenir respecto á ciertos distintivos de la belleza; aunque semejante concordancia no resulta más que de la semejanza que hay en la organización de ellos mismos. Pero si nos dirigimos á otra raza, en seguida cambia la idea que ésta tiene de la belleza y de la fealdad. Un Bizantino prefería las formas estrechas y aplastadas de sus vírgenes á las formas vigorosas de las diosas griegas; los bárbaros merovingios tenían sus groseros bocetos de formas humanas por mucho más bellos que las producciones de la civilización greco-latina; y para un salvaje del Sud del África, aquella monstruosidad horrible para nosotros que han dado en llamar Venus hotentote, es un tipo de hermosura tan perfecto como puede serlo para un europeo la Venus de Médicis ó el Apolo de Belvedere.

Las precedentes explicaciones nos encaminan, según se ve, á la definición que nos ha servido de punto de partida, á saber, que lo bello es lo que nos gusta; la cual completaremos diciendo que lo bello consiste en lo que, dada una época, gusta á la mayor parte de individuos de una misma raza. Pero no podemos decir más.

Por insuficiente que sea nuestra definición, basta para indicarnos inmediatamente en qué consiste el arte, y cuáles deben ser nuestras exigencias con respecto al artista. Si éste busca sus modelos en la naturaleza, le encomendare-

IV

LAS ARTES ÁRABES

Se entiende generalmente por bellas artes la pintura, escultura, arquitectura y música, y por artes industriales los productos de la aplicación de las bellas artes á cierta categoría de obras de utilidad general, reproducidas por medio de procedimientos más ó menos mecánicos.

El valor de la frase *artes industriales* se presta de seguro á discusiones; pero como no me toca aquí dirimir esas contiendas, me reduciré á recordar que se comprende bajo aquella clasificación la cerámica, la cristalería artística, el mosaico, la ebanistería, damasquinería, orfebrería, etc.

En el concepto de la civilización, el estudio de los productos del arte industrial tiene quizá tanta importancia como el de las bellas artes propiamente dichas; cabiendo hallar en los muebles más insignificantes detalles relativos á la vida íntima de un pueblo y rasgos que ayudan á apreciar los conocimientos artísticos, ó las necesidades de los que los inventaron ó hicieron uso de ellos.

Tratándose de los Arabes, el arte se halla en todas sus cosas: en el sello de madera de un panadero, en un cubo de sacar agua, en un vulgar cuchillo de cocina; todo lo cual tiene un aspecto agraciado, que revela hasta qué punto se extendiera el gusto artístico, penetrando en las mismas filas de los artesanos más humildes. El arte es independiente de sus aplicaciones, pudiendo manifestarse así en la elaboración de un objeto raro y costoso como en la de un objeto vulgarísimo.

Por falta de documentos suficientes el estudio que en este capítulo vamos á hacer de las artes árabes será muy incompleto, pues nadie había antes intentado escribir la historia de sus orígenes y transformaciones, á pesar del interés que tiene.

Las más importantes obras de arte que los Arabes nos han dejado consisten en sus monumentos; los cuales, como son numerosos, nos permitirán en el próximo capítulo bosquejar la historia de la arquitectura árabe. Pero la reunión de los materiales necesarios para bosquejar la historia de las demás artes que con tanto éxito cultivaron, requería un cúmulo de investigaciones tan costoso, que hemos debido limitar mucho nuestros esfuerzos, reduciéndonos en nuestros viajes al estudio de los monumentos. Por

mos que nos reproduzca aquello que nos gusta, exagerándolo en el sentido que nos es agradable; y por ejemplo, no nos quejaremos de que el escultor labre una mujer más bella de lo que generalmente se ve, pues cabalmente ese embellecimiento de la naturaleza, y no la copia servil de ella, constituye el arte. Sin ninguna duda la Venus de Milo es demasiado hermosa, pues la naturaleza no junta tantas perfecciones en un solo ser; y con todo, no podemos menos de admirarla. Si el mismo artista hubiese empleado sus facultades en representarnos á una vieja arrugada y desnuda, cabría celebrar su habilidad en vencer las dificultades, pero no se admiraría la obra, y en caso de admirarla, hubiera sido no más que siguiendo las convenciones de una moda pasajera.

Además estas convenciones pueden llegar á modificar hasta el gusto más natural, sobre todo en los pueblos decadentes; y así vemos á las personas, que se dan el nombre de realistas, preferir, ó siquiera imaginar que prefieren, una realidad grosera, repugnante, á una obra de arte representando un objeto seductor. Pero de semejantes realidades se halla atestada la naturaleza, al paso que no cabe decir lo mismo de los objetos hermosos; y si el arte consistiese en copiar servilmente la naturaleza, sin interpretarla, no podría existir. Hasta admitiendo que hubiese verdadera necesidad de multiplicar las copias de los objetos desagradables, los procedimientos mecánicos y fidelísimos de la fotografía bastarían, pues semejantes cosas no requieren ningún talento creador.

Basta recorrer las obras literarias y artísticas de los Arabes para ver que éstos siempre se cuidaron de embellecer la naturaleza; cabiendo decir que el sello característico del arte árabe consiste en la imaginación, la brillantez, el esplendor, la ornamentación exuberante y la fantasía en los más ligeros detalles. Una raza de poetas,—y quisiera saber cuándo un poeta no tiene algo de artista,—una raza de poetas que llegó á ser bastante rica para dar realidad á todos sus sueños, estaba destinada á producir esos palacios fantásticos que parecen encajes de mármol incrustados de oro y piedras preciosas. Ni otro pueblo había poseído semejantes maravillas, ni otro volverá á poseerlas, por corresponder á un estado juvenil é ilusorio, que se va desvaneciendo para siempre. Al menos no hay que pedirles á ese período de la ramplonería utilitaria y fría á que ha llegado ahora la humanidad.